

1 G VII-1898

Un amigo nuestro de París nos ha remitido el artículo publicado por el célebre economista francés Pablo Leroy Beaulieu en el último número de *L'Economiste*, que es la revista de mayor autoridad en Francia entre las de su especie.

«Este artículo—nos dice nuestro amigo—traduce el sentimiento mas generalizado actualmente en Francia sobre la guerra hispano-americana; y como quien esto nos dice está en situacion de conocer muy bien aquel sentimiento, creemos de mucha utilidad enterar de dicho artículo á aquellos de nuestras lectores que directamente no lo conozcan.

Empieza M. Leroy Beaulieu reconociendo la razon, la necesidad que tuvo España de aceptar la desigual lucha con los Estados Unidos ante el altanero lenguaje de éstos con respecto á nuestra dominacion en Cuba. Otros Estados—dice—en este mismo siglo, han emprendido guerras con potencias evidentemente superiores: Dinamarca en 1864, Francia en 1870. Y sin embargo—añade—su situacion no era la misma que la de España actualmente. En primer lugar, Dinamarca y Francia defendian provincias continentales, de la masa de su suelo nacional, carne de su carne, cuya pérdida era propiamente una mutilacion, y una humillacion al mismo tiempo; mientras que España defiende ahora colonias al otro lado del mar, cuyo destino natural, aun antes de la insurreccion, era emanciparse algun dia, y cuya posesion le procuraba mas honor y prestigio que fuerzas y riquezas positivas. En segundo lugar—y esto es importantísimo—las provincias que se arrebataban á Francia y á Dinamarca amaban apasionadamente á su respectiva madre patria y de ningun modo querian separarse de ella; pero Cuba no ama á España, desea romper todo lazo con la metrópoli, y por tanto ésta no tiene para con ella los deberes que Francia y Dinamarca tuvieron para con sus provincias.

De modo que la guerra entre España y los Estados Unidos es simplemente un lance de honor; y aunque estos lances, entre naciones, quizás no pueden estipularse á primera sangre como entre particulares, nadie, á la altura á que las cosas han llegado, negará que España ha cumplido ya con su deber, y mas que con su deber: su tradicion de heroismo queda satisfecha: al abandonar Cuba, puede marchar con la frente alta, y firmar la paz con la conciencia tranquila.

Las condiciones de esta paz, hoy puede discutir las todavia: de aquí á tres ó cuatro meses es muy probable que no pueda discutir las ya; ahora los Estados Unidos comprenderán la cuenta que les tiene todavia firmar una paz honrosa para España, y los sacrificios de hombres y dinero que esta paz ha de ahorrarles: pero cuandos estos sacrificios estuviesen ya hechos, el pueblo americano mas ensoberbecido y agriado, y España mas débil y confusa ¿qué podría ser entonces para ella esta paz que al fin y al cabo ha de imponerse? — 193

No quiere esto decir que España haya de mendigar ahora una paz humillante, pero sí que está en el caso de inquirir oficialmente, virilmente, las condiciones que á ella ponen, hoy por hoy, los americanos. Si estas condiciones fueran, por ejemplo, la evacuacion de Cuba, el reconocimiento de su independencia, y la ocupacion de una parte del Archipiélago filipino, dejando á España la otra parte y la isla de Puerto Rico en el mar de las Antillas, entonces los amigos del pueblo español dirian á éste que aceptar tales condiciones, firmar una paz así estipulada, seria un acto altamente patriótico y digno del mayor encomio.

España, por profundas que sean sus heridas, puede hoy todavia realizarse, á condicion de que se recoja en sí misma, de que no se lance á luchas intestinas, y de que sepa mantener la monarquía que es prenda de su interior concordia. Si así lo hiciere, dentro de algunos años podría encontrarse completamente regenerada: sus acreedores no habrian de regatearle un honroso convenio; los capitalistas europeos continuarian interesándose en empresas que dieran valor á las grandísimas riquezas que yacen en su cuasi inexplorado territorio; y poco á poco el mundo entero iria devolviendo su estimacion al pueblo español, considerándole no solo como un pueblo de valientes, lo cual ya importa algo, sino tambien como un pueblo cuerdo, lo cual no importa menos para el buen nombre y el porvenir de una nacion civilizada.

Despues de la liquidacion, juzgando su historia con serenidad, España no se

quejará abiertamente de su hermoso destino. Habrá compartido con Inglaterra la gloria de haber poblado un mundo; de haberle comunicado costumbres y tradiciones imborrables; de que su idioma sea, junto con el inglés, el más extendido; de haber sido una madre de naciones. Y si, en cuanto á pueblo administrador, sus destinos en América han terminado, otros pueden abrirsele con el tiempo en Africa: no en el Africa lejana, sino en la que es como prolongación natural de su territorio. Pero es menester que se prepare á ello por la paz, por el recogimiento, por la rehabilitación de su crédito y por la confianza de Europa.

Si desoye estas razones, si no procura la pronta terminación de la guerra, lo perderá todo sin añadir nada al honor suyo; y se privará además del buen nombre que merece una nación que después de haber gloriosamente combatido, sabe patrióticamente resignarse á las necesidades de la suerte. Tendrá que aceptar la paz que el vencedor quiera imponerle; habrá aniquilado su ejército con sus propias manos; habrá provocado terribles complicaciones interiores, consumado su ruina y comprometido para siempre sus destinos en el mundo antiguo.

Es menester que se convenza de que para continuar la guerra no puede contar con la intervención de potencia alguna de Europa: solo en el caso de que América intentara tomar posiciones en Canarias, Marruecos, Baleares, etc., las potencias mediterráneas quizás se opondrían por la fuerza á cualquier intento de desembarco. Porque Europa debe tener también su doctrina de Monroe en frente de la de América, y no ha de tolerar á ésta un Gibraltar en punto alguno de las costas europeas, africanas ó del Asia occidental.

«España haría, pues, mal—dice testualmente el último párrafo del artículo de M. Leroy Beaulieu—en formarse ilusiones sobre un apoyo efectivo de Europa. Esta no puede hacer otra cosa que ponerla en relación con América para negociar la paz. La prensa española, si se precia de verdaderamente patriota y tiene en algo la estimación de Europa y del mundo entero, no ha de perder ni un momento en aconsejar esta solución. Y si España quiere seguir siendo una gran nación y conservar la posibilidad de realizarse y de desempeñar todavía un buen papel allí donde naturalmente ha de ser llamada, inspírese en patrióticas previsiones, y no ceda á un amor propio mal entendido que, en las condiciones actuales, no puede resultar sino pueril, y en definitiva habría de serle funesto.»

Así termina el artículo de M. Leroy Beaulieu en *L'Economiste français*. Al darlo á conocer hemos creído cumplir con un deber nuestro. ¡Ojalá que cada cual en su esfera sepa cumplir oportunamente el suyo!

J. MARAGALL.

CORRESPONDENCIAS PARTICULARES DEL DIARIO DE BARCELONA

Madrid 14 de julio.

No han recibido, al menos hasta la hora presente, confirmación oficial las noticias y rumores que ayer se cotizaron en todos los círculos respecto á la rendición de Santiago de Cuba, antes al contrario, parece desprenderse de la información que publican los periódicos, que los americanos tropiezan con grandes dificultades para la realización de la empresa, no tanto por la consistencia de las defensas, como por el estado en que se encuentra el ejército invasor á consecuencia del desarrollo de las enfermedades del país, y aunque se oculta cuidadosamente lo que sucede, los detalles que publican algunos periódicos ingleses sobre la situación de las tropas yankees, que comunican por telégrafo desde Londres, tienen grandes caracteres de verosimilitud y justifican la parsimonia con que se procede en el asedio y rendición de la ciudad, que no está en las mejores condiciones de resistencia, á despecho del heroísmo de sus defensores. Todas estas dificultades no deben ser interpretadas como una esperanza de éxito, puesto que, según todas las probabilidades y á no mediar un verdadero milagro, la ciudad de Santiago tendrá que capitular aunque sea después de haber hecho experimentar al ejército invasor terribles fatigas. Debería aprovechar el gobierno estas circunstancias para negociar la paz, y para que se vea con cuánta razón llamo sobre esto la atención pública, he de decir que el *Times* de Londres, en su número llegado ayer á Madrid, hace indicaciones bien claras en este sentido